ALFONSINA STORNI

OCRE

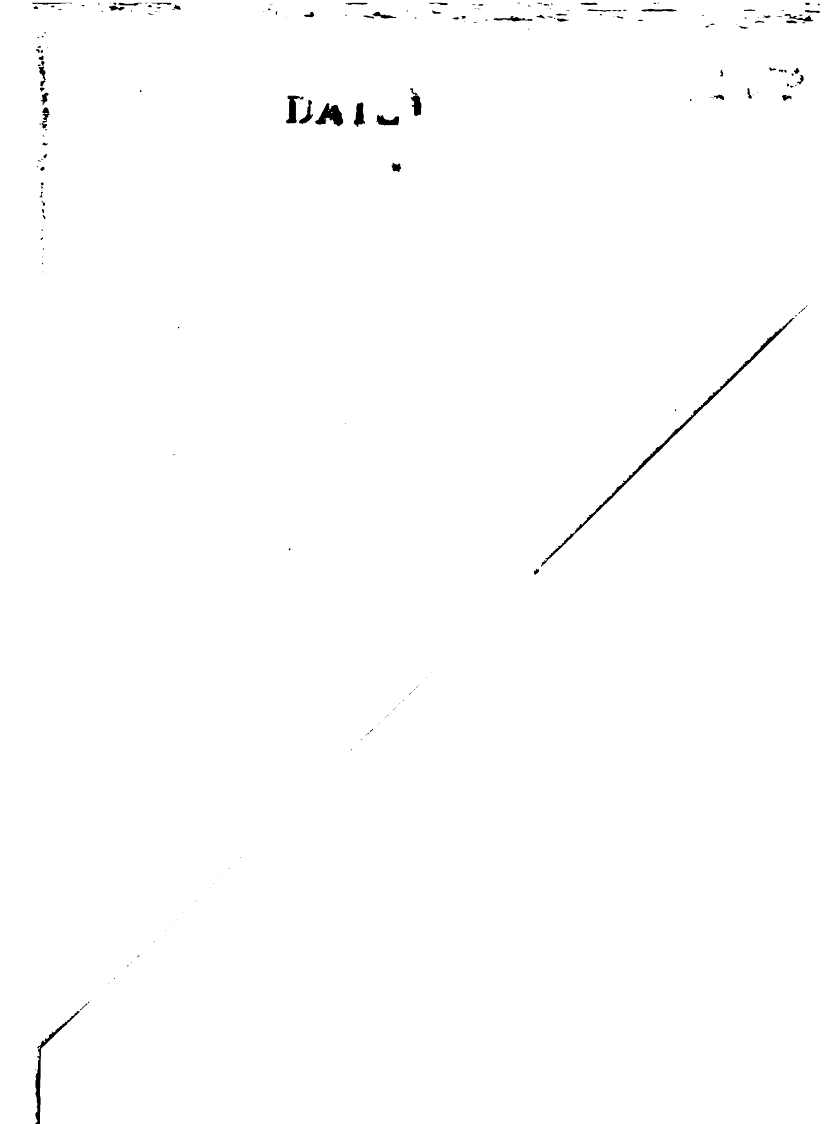
POESIAS

2a. EDICIÓN



EDITORIAL BABEL
BUENOS AIRES MCMXXV


SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
PRAESIDIVM
DISCIPLINA
CIVITATIS



OCRE

OBRAS DE ALFONSINA STORNI

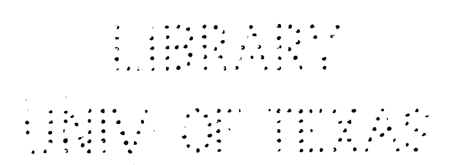
La inquietud del rosal		1916	Agotad
El dulce daño	„	1918	„
Irremediablemente	„	1919	„
Languidez	„	1920	„
Las mejores poesías de los mejores poetas (Colección Cervantes)	„	1924	„

ALFONSINA STORNI

OCRE

EDITORIAL BABEL
Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias
BUENOS AIRES MCMXXV

PRIMERA PARTE



HUMILDAD

Yo he sido aquella que paseó orgullosa
El oro falso de unas cuantas rimas
Sobre su espalda, y se creyó gloriosa,
De cosechas opimas.

Ten paciencia, mujer que eres oscura:
Algún día, la Forma Destructora
Que todo lo devora,
Borrará mi figura.

Se bajará a mis libros, ya amarillos,
Y alzándola en sus dedos, los carrillos
Ligeramente inflados, con un modo

De gran señor a quién lo aburre todo,
De un cansado soplido
Me aventará al olvido.

SOY

SOY suave y triste si idolatro, puedo
Bajar el cielo hasta mi mano cuando
El alma de otro al alma mía enredo.
Plumón alguno no hallarás más blando.

Ninguna como yo las manos besa,
Ni se acurruca tánto en un ensueño,
Ni cupo en otro cuerpo, así pequeño,
Un alma humana de mayor terneza.

Muero sobre los ojos, si los siento
Como pájaros vivos, un momento,
Aletear bajo mis dedos blancos.

Sé la frase que encanta y que comprende,
Y sé callar cuando la luna asciende
Enorme y roja sobre los barrancos.

PALABRAS A MI MADRE

NO las grandes verdades yo te pregunto, que,
No las contestarías; solamente investigo
Si, cuando me gestaste, fué la luna testigo,
Por los oscuros patios en flor, paseándose.

Y si, cuando, en tu seno de fervores latinos,
Yo escuchando dormía, un ronco mar sonoro
Te adormeció las noches, y miraste, en el oro
Del crepúsculo, hundirse los pájaros marinos.

Porque mi alma es toda fantástica, viajera,
Y la envuelve una nube de locura ligera
Cuando la luna nueva sube al cielo azulino.

Y gusta, si el mar abre sus fuertes pebeteros,
Arrullada en un claro cantar de marineros
Mirar las grandes aves que pasan sin destino.

CUANDO LLEGUE A LA VIDA...

VELA sobre mi vida, mi grave amor inmenso:
Cuando llegué a la vida yo traía en suspenso,
En el alma y la carne, la locura enemiga,
El capricho elegante y el deseo que hostiga.

Me encantaban los viajes por las almas humanas,
La luz, los extranjeros, las abejas livianas,
El ocio, las palabras que inician el idilio,
Los cuerpos armoniosos, los versos de Virgilio.

Cuando sobre tu pecho mi alma fué apaciguada,
Y la dulce criatura, tuya y mía, deseada,
Yo puse entre tus manos toda mi fantasía

Y te dije humillada por estos pensamientos:
—¡Vigílame los ojos! Cuando cambian los vientos
El alma femenina se trastorna y varía...

CANCION DE LA NOVIA

En el corredor fresco, que los valles domina,
A pequeñas puntadas coso la blanca tela;
De vez en cuando miro la paloma que vuela
Y el insecto de oro en la tenue cortina.

Se me acercan, descalzos, deliciosos chiquillos,
Y en su nariz pequeña, de transparente cera,
Mi dedal se introduce. Reímos. Uno espera
A mi lado con una canasta de membrillos.

Grandes cactus sedientos sobre arenas doradas,
Y cigarras sonoras, y piedras calcinadas,
Se asoman a mis largas siestas, sin que concluya

Este lento desfile de puntos por mis manos.
Y a ratos, en el aire que impregnan los manzanos,
Van y vienen dos frases: Eres mía. Soy tuya.

TU QUE NUNCA SERAS...

SÁBADO fué y capricho el beso dado,
Capricho de varón, audaz y fino,
Mas fué dulce el capricho masculino
A este mi corazón, lobezno alado.

No es que crea, no creo, si inclinado
Sobre mis manos te sentí divino
Y me embriagué, comprendo que este vino
No es para mí, mas juego y rueda el dado...

Yo soy ya la mujer que vive alerta,
Tú el tremendo varón que se despierta
Y es un torrente que se ensancha en río

Y más se encrespa mientras corre y poda.
Ah, me resisto, mas me tienes toda,
Tú, que nunca serás del todo mío.

RESPUESTA DE LA MARQUESA A LAS ESTANCIAS DE CORNEILLE

Me decís, gran talento, en palabras de mofa,
Con una voz galante y perversa, que, un día,
Mis líneas seductoras, mi desdén de vacía,
Pasarán... si no quedan en vuestra bella estrofa.

Un ligero despecho orgulloso refleja
Vuestra finta a esta vana marquesita elegante
Y, a cambio de la estrofa, inmortal, que me cante,
Me proponéis un beso a vuestra boca vieja.

¿Tenéis una fé ciega en la vida del verso?
Yo medito en que el Todo será un día disperso. . .
Oh, dejadme que mire distraída esa rosa;

Soy mujer ante todo, del presente me encanto.
Perdonadme, poeta, si a vuestro grave canto
Prefiero el beso joven de una boca jugosa.

LAS GRANDES MUJERES

EN las grandes mujeres reposó el universo.
Las consumió el amor, como el fuego al estaño,
A unas; reinas, otras, sangraron su rebaño.
Beatriz y Lady Macbeth tienen genio diverso.

De algunas, en el mármol, queda el seno perverso.
Brillan las grandes madres de los grandes de antaño.
Y es la carne perfecta, dadivosa del daño.
Y son las exaltadas que entretejen el verso.

De los libros las tomo como de un escenario
Fastuoso — ¿Las envidias, corazón mercenario?
Son gloriosas y grandes, y eres nada, te arguyo.

—Ay, rastreando en sus almas, como en selva las lobas,
A mirarlas de cerca me bajé a sus alcobas
Y oí un bostezo enorme que se parece al tuyo.

DE MI PADRE SE CUENTA...

De mi padre se cuenta que de caza partía,
Cuando rayaba el alba, seguido de su galgo,
Y en el largo camino, por divertirse en algo,
Lo miraba a los ojos, y su perro gemía.

Que andaba por las selvas buscando una serpiente
Procaz, y al encontrarla, sobre la cola erguida,
Al asalto dispuesta, de un balazo insolente
Se gozaba en dejarle la cabeza partida.

Que por días enteros, vagabundo y huraño,
No volvía a la casa, y, como un hermitaño,
Se alimentaba de aves, dormía sobre el suelo.

Y sólo cuando el Zonda, grandes masas ardientes
De arenas y de insectos, levanta en los calientes
Desiertos sanjuaninos cantaba bajo el cielo.

DUERME TRANQUILO

DIJISTE la palabra que enamora
A mis oídos. Ya olvidaste. Bueno.
Duerme tranquilo. Debe estar sereno
Y hermoso el rostro tuyo a toda hora.

Cuando encanta la boca seductora
Debe ser fresca, su decir ameno;
Para tu oficio de amador no es bueno
El rostro ardido del que mucho llora.

Te reclaman destinos más gloriosos
Que el de llevar, entre los negros pozos
De las ojeras, la mirada en duelo.

¡Cubre de bellas víctimas el suelo!
Más daño al mundo hizo la espada fátua
De algún bárbaro rey. Y tiene estátua.

LA VIA LACTEA

BLANCO polen de mundos, dulce leche del cielo,
¡Quién fuera una gigante mariposa divina
Para hundir la cabeza en aquella tu harina
Impalpable y libarte como a cosa del suelo!

Ya de nuevo en los ojos quema la primavera,
Mas mi pasión humana yace, roto el peciolo,
Y agotada mi alma está el mundo tan solo
Que camino y retumban mis pasos en la esfera.

Y en las noches nevadas, cuando a pesar de quietos
Siento moverse arriba los blancos esqueletos
De las estrellas muertas, me acomete como uno

Deseo de los cielos, y no sé qué ofreciera
Por que sobre mi frente miserable cayera
Una gota tan solo de la leche de Juno.

FIESTA

JUNTO á la playa, núbiles criaturas,
Dulces y bellas, danzan, las cinturas
Abandonadas en el brazo amigo.
Y las estrellas sirven de testigo.

Visten de azul, de blanco, plata, verde...
Y la mano pequeña, que se pierde
Entre la grande, espera. Y la fingida,
Vaga frase amorosa, ya es creída.

Hay quién dice feliz: — La vida es bella.
Hay quién tiende su mano hacia una estrella
Y la espera con dulce arrobamiento.

Yo me vuelvo de espaldas. Desde un quiosco
Contemplo el mar lejano, negro y fosco,
Irónica la boca.. Ruge el viento.

INDOLENCIA

A pesar de mí misma te amo; eres tan vano
Como hermoso, y me dice, vigilante, el orgullo:
"¿Para ésto elegías? Gusto bajo es el tuyo;
No te vendas a nada, ni a un perfil de romano".

Y me dicta el deseo, tenebroso y pagano,
De abrirte un ancho tajo por donde tu murmullo
Vital fuera colando... Sólo muerto mi arrullo
Más dulce te envolviera, buscando boca y mano.

—¿Salomé rediviva? —Son más pobres mis gestos.
Ya para cosas trágicas malos tiempos son estos.
Yo soy la que incompleta vive siempre su vida

Pues no pierde su línea por una fiesta griega
Y al acaso indeciso, ondulante, se pliega
Con los ojos lejanos y el alma distraída.

UN RECUERDO

RECUERDO el dulce tiempo de sierras cordobesas
Pasado con el alma sin un solo deseo,
Vagando entre las matas de menta y de poleo,
Los cielos deslumbrantes, los días sin sorpresas.

¡Oh, el poblado espinillo de voluptuoso olor!
De noche, en las hamacas, los grupos familiares
Mirábamos los gruesos racimos estelares.
Sonaba, adentro, un tango y se hablaba de amor,

Erámos todos jóvenes, y muchos eran bellos.
Las sierras simulaban jorobas de camellos,
Y a su vera, del brazo, por la senda oportuna

Volvíamos, cantando, en una sola hilera,
Al caer de las tardes. Y era la primavera.
Y se asomaba a vernos el disco de la luna.

CAMINO A LOS PAREDONES

EN la greda reseca ni una sola gramilla.
A un lado el alto nudo de las sierras y enfrente
Otro muro de piedra, oxidada y caliente.
Y el cielo casi verde. Y la tierra amarilla.

El espino. Palmeras negras, chicas, quemadas,
Sobre el plano arenoso. No hay aves. Un profundo
Silencio. En las laderas grandes piedras echadas.
Y algo del primitivo cataclismo del mundo.

En el largo crepúsculo de las tardes serranas
Aquellos bultos pétreos toman formas humanas
Y animales: un indio, una lanza, algún potro.

Y los nervios tirantes, los ojos y el oído,
Miedosamente esperan ver, de un momento a otro,
Levantarse las piedras, volar el alarido.

ODIO

CONOZCO tu secreto, cuerpo mío: tuviste
Una imagen latente en tu rojo ramaje:
Detrás de las pupilas, entre la carne triste,
La imagen realizaba su callado tatuaje:

Te penetró en el pecho con tan viva agudeza,
Que el corazón de cera, celoso de llevarla,
Para mejor ceñirla, para mejor guardarla,
Llegó a tomar la forma de la amada cabeza.

Si ya el amor es odio, y vergüenza, y despecho,
A riesgo de morirte, la arrancarás del pecho
Como Sansón, un día, volteara los pilares.

Y si quedaran rastros de sus dos ojos bellos
Te vaciarás los vasos sanguíneos y por ellos
Harás correr el agua salada de los mares.

CARA COPIADA

Es la cara de un niño transparente, azulosa,
Como si entre los músculos y la piel de la cara
Una napa de leche lentamente rodara.
En ella solamente la boca es una rosa.

Y detrás de ese cutis de lavada azucena
Otra cara se esconde, fuertemente esculpida;
Es aquella del hombre que le ha dado la vida
Y se mueve en sus rasgos y los gestos le ordena:

Mira con inocencia y es dura su mirada.
Su sonrisa es tranquila y en el fondo es taimada:
Hay huellas en la fresca ternura de su pulpa.

Ya en la boca se pinta la blandura redonda
Que dan los besos largos y en su nariz la honda
Codicia de la especie. ¡Y carece de culpa!

OLVIDO

LIDIA Rosa: hoy es martes y hace frío. En tu casa,
De piedra gris, tu duermes tu sueño en un costado
De la ciudad. ¿Aún guardas tu pecho enamorado,
Ya que de amor moriste? Te diré lo que pasa:

El hombre que adorabas, de grises ojos crueles,
En la tarde de otoño fuma su cigarrillo.
Detrás de los cristales mira el cielo amarillo
Y la calle en que vuelan desteñidos papeles.

Toma un libro, se acerca a la apagada estufa,
En el toma corriente al sentarse la enchufa
Y sólo se oye un ruido de papel desgarrado.

Las cinco. Tú caías a esta hora en su pecho,
Y acaso te recuerda... Pero su blando lecho
Ya tiene el hueco tibio de otro cuerpo rosado.

ENCUENTRO

Lo encontré en una esquina de la calle Florida
Más pálido que nunca, distraído como antes.
Dos largos años hubo poseído mi vida...
Lo miré sin sorpresa, jugando con mis guantes.

Y una pregunta mía, estúpida, ligera,
De un reproche tranquilo llenó sus transparentes
Ojos, ya que le dije de liviana manera:
—¿Por qué tienes ahora amarillos los dientes?

Me abandonó. De prisa le vi cruzar la calle
Y con su manga obscura rozar el blanco talle
De alguna vagabunda que andaba por la vía.

Perseguí por un rato su sombrero que huía. . .
Después fué, ya lejano, una mancha de herrumbre.
Y lo engulló de nuevo la espesa muchedumbre.

PALABRAS A RUBEN DARIO

BAJO sus lomos rojos, en la oscura caoba,
Tus libros duermen. Sigo los últimos autores:
Otras formas me atraen, otros nuevos colores
Y a tus fiestas paganas la corriente me roba.

Gozo de estilos fieros — anchos dientes de loba.
De otros sobrios, prolijos — cipreses veladores.
De otros blancos y finos — columnas bajo flores.
De otros ácidos y ocres — tempestades de alcoba.

Ya te había olvidado y al azar te retomo,
Y a los primeros versos se levanta del tomo
Tu fresco y fino aliento de mieles olorosas.

Amante al que se vuelve como la vez primera:
Eres la boca dulce que allá, en la primavera,
Nos licuara en las venas todo un bosque de rosas.

RUEDA

La casta y honda amiga me dice sus razones:
—Soy joven, no he vivido. ¿Mi marido? Un engaño.
Tengo tres hijos, veo rodar año tras año
En uno como lento sueño sin emociones.

A veces descerrojo, tentada, mis balcones,
Por ver el hombre fino, el soberbio, el huraño.
Inútil. ¡Si pudiera curarme de este daño!
Ay, el amor no es juego que arregle desazones.

Las atenúa, acaso; mas los hombres, mi amiga,
No me valen la pena de un ensayo: desliga
Mi corazón, cercado, su más viva lisonja.

Tengo el cuerpo perfecto y la boca rosada,
Para el amor más alto yo fuí seleccionada,
Pero escondo mi fuego bajo un velo de monja.

II

LA OTRA AMIGA

Y otra amiga me dice: —Las mujeres mentales
Perdedoras salimos en negocios de amores.
Tenemos, ciertamente, muchos adoradores:
Buscan pequeños sorbos en caídas vestales.

Su corazón lo ponen no en las espirituales,
Que fatigan al cabo. Como cultivadores
Adoran lo que crean: piensan que las mejores
Son aquellas plegadas a sus modos carnales.

Las mujeres mentales somos las plataformas:
Mejoramos los hombres, y pulimos sus normas;
Refinan en nosotras su instinto desbocado,

Y cuando, ya cansadas de esperar, les pedimos
El corazón, en cambio del propio que le dimos,
Se lleva una mediocre lo que hemos adornado.

III

Y AGREGA LA TERCERA

—ACASO se lo lleva la que menos le cuesta.
Halló en ella más fácil la vida ya pesada.
Todo cerebro activo lleva un alma quebrada
Y el hombre, en las mujeres, busca un poco de fiesta.

Cuida mejor la casa la mujer que es modesta
Y no tiene una vida mental imaginada.
Si del hombre que adora se comprende engañada
Recibe lo que sobra, y a su lado se acuesta.

No por esto posee la mujer, todo entero,
Al que, sin ser amante, puede ser compañero;
Acaso él también sueñe lo mismo que soñamos.

Y, sobre el nudo diario de su vida tranquila,
Y mediocre, allá arriba, luminoso, vigila
Un ideal femenino, cuya clave ignoramos.

EL ENGANO

SOY tuya, Dios lo sabe por qué, ya que comprendo
Que habrás de abandonarme, friamente, mañana,
Y que, bajo el encanto de mis ojos, te gana
Otro encanto el deseo, pero no me defiendo.

Espero que esto un día cualquiera se concluya,
Pues intuyo, al instante, lo que piensas o quieres.
Con voz indiferente te hablo de otras mujeres
Y hasta ensayo el elogio de alguna que fué tuya.

Pero tú sabes menos que yo, y algo orgulloso
De que te pertenezca, en tu juego engañoso
Persistes, con un aire de actor del papel dueño.

Yo te miro callada con mi dulce sonrisa,
Y cuando te entusiasmas, pienso: no te des prisa,
No eres tú el que me engaña; quién me engaña es mi sueño.

VERSOS A LA TRISTEZA DE BUENOS AIRES

TRISTES calles derechas, agrisadas e iguales,
Por donde asoma, a veces, un pedazo de cielo,
Sus fachadas oscuras y el asfalto del suelo
Me apagaron los tibios sueños primaverales.

Cuánto vagué por ellas, distraída, empapada
En el vaho grisáceo, lento, que las decora.
De su monotonía mi alma padece ahora.
—¡Alfonsina! —No llames. Ya no respondo a nada.

Si en una de tus casas, Buenos Aires, me muero
Viendo en días de otoño tu cielo prisionero
No me será sorpresa la lápida pesada.

Que entre tus calles rectas, untadas de su río
Apagado, brumoso, desolante y sombrío,
Cuando vagué por ellas, ya estaba yo enterrada.

UNA VEZ MAS

Es una boca más la que he besado.
¿Qué hallé en el fondo de tan dulce boca?
¿Que nada hay nuevo bajo el sol y es poca
La miel de un beso para haberlo dado?

Heme otra vez aquí, pomo vaciado.
Bajo este sol que mis espaldas toca
A la cordura, vanamente, invoca
Mi triste corazón desorbitado.

¿Una vez más?... Mi carne se estremece
Y un gran terror entre mis venas crece,
Pues alguien da mi nombre a los caminos

Y es su voz de hombre, cálida y temida.
Ay, quiero estarme quieta y soy movida
Hacia la sombra verde de los pinos.

INUTIL SOY

POR seguir de las cosas el compás,
A veces quise, en este siglo activo,
Pensar, luchar, vivir con lo que vivo,
Ser en el mundo algún tornillo más.

Pero, atada al ensueño seductor,
De mi instinto volví al oscuro pozo,
Pues, como algún insecto perezoso
Y voraz, yo nací para el amor.

Inútil soy, pesada, torpe, lenta.
Mi cuerpo, al sol, tendido, se alimenta
Y solo vivo bien en el verano,

Cuando la selva huele y la enroscada
Serpiente duerme en tierra calcinada,
Y la fruta se baja hasta mi mano.

SIGLO MIO

SIGLO mío: concentra tu alma en una criatura.
Ya la veo: haz de nervics, casi sin envoltura,
Y en la mano, cargada de elegantes anillos,
Un frasco inmundo lleva de ungüentos amarillos.

Viene hacia mí, me toma la mano descarnada,
Pues mi gran risa aguda, ocre y desesperada,
Dice bien y se entiende con sus frases audaces,
Insolentes y frías, y sus modos procaces.

Yo la invito: — Del brazo vamos por esas calles,
Jovencitas precoces, de delicados talles,
No vírgenes, y hombres fatigados veremos.

Sigamos tras la ola que el tango descoyunta,
Por entre rascacielos la astuta luna apunta,
¡Ea! Al compás gangoso de una jazz-band, bailemos!

FEMENINA

BAUDELAIRE: yo me acuerdo de tus Flores del mal
En que hablas de una horrible y perversa judía
Acaso como el cuerpo de las serpientes fría,
En lágrimas indocta, y en el daño genial.

Pero a su lado no eras tan pobre, Baudelaire:
De sus formas vendidas, y de su cabellera,
Y de sus ondulantes caricias de pantera,
Hombre al cabo, lograbas un poco de placer.

Pero yo, femenina, Baudelaire, ¿qué me hago
De este hombre calmo y prieto como un gélido lago,
Oscuro de ambiciones y ebrio de vanidad,

En cuyo enjuto pecho salino no han podido
Ni mi cálido aliento. ni mi beso rendido,
Hacer brotar un poco de generosidad?

PALABRAS A DELMIRA AGUSTINI

ESTÁS muerta y tu cuerpo, bajo uruguayo manto,
Descansa de su fuego, se limpia de su llama,
Sólo desde tus libros tu roja lengua llama
Como cuando vivías, al amor y al encanto.

Hoy, si un alma de tantas, sentenciosa y oscura,
Con palabras pesadas va a sangrarte el oído,
Encogida en tu pobre cajoncito roído
No puedes contestarle desde tu sepultura.

Pero sobre tu pecho, para siempre deshecho,
Comprensivo vigila, todavía, mi pecho,
Y, si ofendida lloras por tus cuencas abiertas

Tus lágrimas heladas, con mano tan liviana
Que más que mano amiga parece mano hermana,
Te enjugo dulcemente las tristes cuencas muertas.

TERNURA

SEPTIEMBRE. El duraznero, florecido, decora
Las ventanas del cuarto. Las manos de la madre
Están blancas, exangües, y, sobre ellas, el padre
Pone los labios buenos, tibios, y los demora...

Son jóvenes, son bellos y se aman. El niño
De diez días, desnudo, llora en el desaliño
De las telas nevadas y estampadas de flores.
Canarios de oro cantan bajo los corredores.

Es la siesta. La madre saca el seno jugoso,
Blanco y suave. Trasiega su líquido precioso
A la boca del dulce animalillo lerdo

Que ejercita, al sorberlo, su delicia primera,
Recogido en el brazo de amarillenta cera
Que le ciñe la nuca. Yo miro y te recuerdo.

LOS COROS

MIRÉ en el escenario a los doscientos seres
De abigarrado aspecto que formaban el coro,
Extraños y ridículos, relumbrantes de oro,
Altos, bajos, enjutos; hombres, niños, mujeres...

¿Quiénes eran? Acaso en el seno de alguna
Fué muerto el ser pequeño en su tercera luna.
Acaso allí anidaban el traidor, la hechicera,
La mano que substrae, la astuta, la ramera.

Cantaron. ¡Oh pureza! ¡Oh sinfonía clara!
Era como si el aire, en suspenso, llevara,
Diluídos en notas, corazones divinos.

Entonces, comprendiendo, a mí misma me dije:
—Para cumplir algunos de sus nobles destinos
El arte, al fin, ignora la materia que elige.

¿DE QUE ME QUEJO?

¿De qué me quejo? Es cierto que me bajé hasta el fondo
Del alma del que amaba, y lleno de sí mismo
Lo hallé, y al tacto helado de su helado egoísmo
Dudé que el globo fuera, como dicen, redondo.

¿De qué me quejo? ¿Acaso porque el cuerpo, en su daño,
Afiebrado se arrastra en zig-zag por el suelo,
Y el monstruo pecho hinchado le impide alzar el vuelo,
Pues dentro el pulpo negro, crece, del desengaño?

¿De qué me quejo? ¡Gracias! Mantengo todavía
Vértebra sobre vértebra. Hacia la melodía
Mi fina red nerviosa aún puede, con anhelo,

Tenderse, oír los dulces, inefables, sonidos.
En mis cuencas aún giran los ojos, sostenidos,
Y aunque pesados se alzan hacia tu luz, ¡oh cielo!

CONFESION

POR un miserable muero de ternura:
Amo una armazón
Bella, de elegante, fina contextura,
Privada del zumo que da el corazón.

Su triste vacío sube a su mirada
Lánguida, lavada,
Y en sus venas blancas — ramaje nevado —
El limo sanguíneo parece estancado.

A veces, con modo que ya desvaría,
De mi boca ardiente a su boca fría
Le soplo mi alma: parece agitada

Su carne, y el alma se le curva un poco.
Ay, luego la toco
Y siento la goma de la cosa inflada.

VERSO DECORATIVO

LA niña vió a la luna en el azul estanque
Que en medio de los pinos servía de pecera.
(Piernas de cazadora, suelta la cabellera,
Y el fino seno blanco celoso de su arranque).

De un elástico salto llegó junto a la fuente,
Hundió las blancas manos, tomó el disco de oro,
Y al cargar junto al cuello el redondo tesoro,
La cabellera negra se le tornó luciente.

Y huyó bajo las selvas. Su grito de alegría
Hasta los dulces nidos de las aves subía,
E, iluminando el bosque perfumado, la vieron,

Cargada de la luna, pasar los abedules,
Y siguiendo en el aire la curva de sus tules
Ejércitos de pájaros cantando la siguieron.

CAPRICHO

¿CON quién me has confundido, oh precóz primavera
De mi año treinta y uno? ¿Con un tronco rosado?
¿Porque has visto mi cuerpo en el campo parado
Creíste que era un árbol o alguna enredadera?

¿Confundiste mis ojos con dos flores de cardo?
¿Mis cabellos con una dorada pelusilla?
¿Con un fruto ligero mi apagada mejilla,
Y mi Côty con una emanación de nardo?

Pues como si raíces me fueran los talones,
Tu savia de septiembre me sube a borbotones
Y me inunda las venas de lenguajes diversos.

Y planta humana al cabo, por el abierto poro
De la piel sonrosada, en guirnaldas de oro,
Se escapan y me cubren los alocados versos.

A UN DESCONOCIDO

EN esta tarde de oro, dulce, porque supongo
Que la vida es eterna, mientras desde los pinos
Las dulces flautas suenan de alados inquilinos
Siento, desconocido, que en tu ser me prolongo.

Los encantados ojos en tu recuerdo pongo:
¿Quién te acuñó los rasgos en moldes aquilinos
Y un sol caliente y muerto te puso en los divinos
Cabellos, que se ciñen al recio casco oblongo?

¿Quién eres tú, el que tienes en los ojos lejanos
El brillo verdinegro de los muertos pantanos,
En la boca un gran arco de cansancio altanero,

Y a mi pesar arrastras, colgante de tu espalda,
Como un manto purpúreo o una roja guirnalda,
Por la ciudad del Plata mi corazón de acero?

CALMA

LAS chimeneas rayan de oscuro
El cielo blanco, caliginoso,
Las bocas muertas, y el río untoso
Lame los hongos de un viejo muro.

El grano de oro duerme en el saco
Que en sofocadas pilas lo encierra.
No hay viento, pero, con ruido opaco,
Frutas maduras caen a tierra.

Miro las plantas y siento como
Si en esta siesta, muerta y de plomo,
La raíz dura se le aflojara,

Cansada, laxa, y a sus efectos
Por las arterias me circulara
El humor blanco de los insectos.

EXISTO

SOBRE tu mármol grave, oh vida, oh vida mala,
Y divina, y terrible y dulce, mi escalpelo
No grabará ya nunca la palabra que es vuelo
Y que dijimos sólo cuando el alma es un ala.

Me aguarda el sueño espeso de aquel que no imagina
Y ve claro y preciso, y ni cree ni espera.
Muero en mí para siempre y es esta la postrera
Estrofa en que recuerdo que pude ser divina.

Existo, sin embargo. Recto el cuerpo se tiene.
Mastico. Huelo. Bebo. Mi testa se sostiene
Allá, sobre mi cuello, donde se bambolea

Como si siendo hueca le pesara una idea.
Y hasta mis ojos suelen pedirme, perezosos,
Los parques amarillos, los mármoles mohosos.

PALABRAS A UN HABITANTE DE MARTE

¿SERÁ verdad que existes sobre el rojo planeta,
Que, como yo, posees finas manos prehensiles,
Boca para la risa, corazón de poeta,
Y un alma administrada por los nervios sutiles?

Pero en tu mundo, acaso, ¿se yerguen las ciudades
Como sepulcros tristes? ¿Las asoló la espada?
¿Ya todo ha sido dicho? ¿Con tu planeta añades
A la Vasta Armonía otra copa vaciada?

Si eres como un terrestre, ¿qué podría importarme
Que tu señal de vida bajara a visitarme?
Busco una estirpe nueva a través de la altura,

Cuerpos hermosos, dueños del secreto celeste
De la dicha lograda. Mas si el tuyo no es este,
Si todo se repite, ¡calla, triste criatura!

TRAICION

SOBRE mi alma que era ardida cal,
En este dulce comenzar de otoño,
No sé de dónde, se insinuó un retoño
Y un nuevo amor me da su bien y mal.

Me ausculto ahora, miro este inicial
Amor con miedo y se me antoja un moño
Rojo, en un traje pálido de otoño.
¿No dí palabra a una pasión ideal?

Corazón que me vienes de mujer:
Hay algo superior al propio ser
En las mujeres: su naturaleza.

Traiciono a cada instante sin querer,
Luego lloro y desnudo, con nobleza,
La llaga obscura que en mi pecho pesa.

VERSOS A LA MEMORIA

POBLADA biblioteca que no ocupas espacio,
Y que a cuestas te lleva un pollino cualquiera,
Tu oro, aún siendo falso, llena la faltriquera
De un pedante y circula como oro del espacio.

De los bienes del seso enfatuada tutela:
(Memoria de lo visto, lo leído y gustado,
Eres el hilo mismo con que será hilvanado
Lo que el hombre compone, si bien no eres la tela).

En exiguas porciones te mezclas a mi escrito.
(Mi encono, a tu respecto, no es por cierto gratuito,
Que hasta de sus defectos los hombres son celosos):

Te desprecio como esos mancebos musculosos
Que celando una fácil, vulgarota doncella,
No pudieron lograrla para servirse de ella.

DEJAD DORMIR A CRISTO

Dejad dormir a Cristo: desde el duro madero
Ha veinte siglos oye: "Interceded por nos".
De su pecho de palo, sensible al lacrimero,
Ya extragistéis, sobrado, lo que cabe en un dios.

Dejad dormir a Cristo y si estáis en naufragio
Hacia otro calmo puerto desamarrad las velas
Que, obligado a dentista por el mayor sufragio,
Bastante os ha curado los dolores de muelas.

Veneno le pedistéis para mojar la flecha,
Propicia sombra y viento para encender la mecha,
Lo bajastéis al lecho que el diablo presidía.

¿Quién dijo que era un pozo jamás desagotado?
Huyendo de los hombres, por sobre algún tejado,
Habéis de verlo, en fuga, dejar la cruz vacía.

ANTE UN HEROE DE IVAN MESTROVIC

TALLADO en mármol, la cintura fina,
Los muslos estallantes, la cabeza
Reflejadora de gigante empresa,
La maravilla del cincel camina.

¿A dónde va? La fiebre lo devora
De vencer o morir de tal manera
Que en el esfuerzo de avanzar pudiera
Hundir el cuerpo en la lejana aurora.

Mármol del siglo XX desvaído,
A quién un hombre púsole el latido
Antiguo y fuerte de las grandes pruebas:

¿Por qué, por un milagro, no te vuelves
Humana forma, y al pasar me envuelves
Entre los brazos, y al azar me llevas?

UNA

Es alta y es perfecta, de radiadas pupilas
Azules, donde acecha, perezosa, una Eva.
Su piel es piel de fruta. Su blanca carne nieva
Y sus trenzas se tuercen como gruesas anguilas.

Un bosque de oro crece en sus blancas axilas.
De los árboles rompe la yema fina y nueva.
Su boca es de la muerte la tenebrosa cueva.
Su risa daña el pecho de las aves tranquilas.

Pasó ayer a mi lado, las caderas redondas,
Los duros muslos tensos soliviando las blondas,
Los labios purpurados, y miedo tuve al verla.

Pues, de tal modo es ella, ya, la predestinada
Que, se comprende al verla, camina, abandonada,
Hacia el hombre primero que debe poseerla.

SEGUNDA PARTE

UNA VOZ

VOZ escuchada a mis espaldas,
En algún viaje a las afueras,
Mientras caía de mis faldas
El diario abierto, ¿de quién eras?

Sonabas cálida y segura
Como de alguno que domina
Del hombre obscuro el alma obscura,
La clara carne femenina.

No me dí vuelta a ver el hombre
En el deseo que me fuera
Su rostro anónimo, y pudiera
Su voz, ser música sin nombre,

¡Oh simpatía de la vida!
¡Oh comunión que me ha valido,
Por el encanto de un sonido
Ser, sin quererlo, poseída!

SALUDO AL HOMBRE

CON mayúscula escribo tu nombre y te saludo,
Hombre, mientras depongo mi femenino escudo
En sencilla y valiente confesión de derrota.
Omnívoro: naciste para llevar la cota
Y yo el sexo, pesado como carro de acero,
Y humilde (se delata en función de granero)
Brindo por tu adiestrada libertad, la soltura
Conque te sientes hijo claro de la natura,
Y lector aplicado de aquel su abecedario
Que enseña el solo verbo que es interplanetario.

Mas, no con gesto humilde, instintivo, anhelante,
Tu pecho se deforma en boca del lactante.
No se ajusta a tu carne pasajera belleza
Que se acrece con artes que lo son de pereza:
Tu juventud, más alta, se hace de pensamientos
(De una categoría mejor que la de ungüentos)
¿No eres el Desligado, Sire, por excelencia?
¡Salud! En versos te hago mi fina reverencia.

LA PALABRA

NATURALEZA: gracias por este don supremo
Del verso, que me diste;
Yo soy la mujer triste
A quien Caronte ya mostró su remo.

¿Qué fuera de mi vida sin la dulce palabra?
Como el óxido labra
Sus arabescos ocres,
Yo me grabé en los hombres, sublimes o mediocres.

Mientras vaciaba el pomo, caliente, de mi pecho,
No sentía el acecho,
Torvo y feroz, de la sirena negra.

Me salí de mi carne, gocé el goce más alto:
Oponer una frase de basalto
Al genio oscuro que nos desintegra.

DIVERTIDAS ESTANCIAS A DON JUAN

NOCTÁMBULO mochuelo,
Por fortuna tú estás
Bien dormido en el suelo
Y no despertarás.

Si tu sombra se alzara
Vería a la mujer
Midiendo con su vara
Tu aventura de ayer.

La flaca doña Elvira,
La casta doña Inés,
Hoy leen a Delmira,
Y a Stendhal, en francés.

Caballeros sin gloria,
Sin capa y sin jubón,
Reaniman tu memoria
A través de un salón.

No escalan los balcones
Trás el prudente aviso,
Para hurtar corazones
Imitan a Narciso.

Las muchachas leídas
De este siglo de hervor
Se mueren de aburridas
Sin un cosechador.

Más que nunca preciosas,
Oh gran goloso, están.
Mas no ceden sus rosas.
No despiertes, don Juan.

Que no ha parado en vano
La aventurera luna.
Hoy tu mediocre mano
No hallaría fortuna.

Y hasta hay alguna artera,
Juguetona mujer,
Que toma tu manera
Y ensaya tu poder.

EPITAFIO PARA MI TUMBA

AQUÍ descanso yo: dice Alfonsina
El epitafio claro, al que se inclina.

Aquí descanso yo, y en este pozo,
Pues que no siento, me solazo y gozo.

Los turbios ojos muertos ya no giran,
Los labios, desgranados, no suspiran.

Duermo mi sueño eterno a pierna suelta,
Me llaman y no quiero darme vuelta.

Tengo la tierra encima y no la siento,
Llega el invierno y no me enfría el viento.

El verano mis sueños no madura,
La primavera el pulso no me apura.

El corazón no tiembla, salta o late,
Fuera estoy de la línea de cambate.

¿Qué dice el ave aquella, caminante?
Tradúceme su canto perturbante:

" Nace la luna nueva, el mar perfuma,
" Los cuerpos bellos báñanse de espuma.

" Va junto al mar un hombre que en la boca
" Lleva una abeja libadora y loca:

" Bajo la blanca tela el torso quiere
" El otro torso que palpita y muere.

" Los marineros sueñan en las proas,
" Cantan muchachas desde las canoas.

" Zarpan los buques y en sus claras cuevas
" Los hombres parten hacia tierras nuevas.

" La mujer, que en el suelo está dormida,
" Y en su epitafio ríe de la vida,

" Como es mujer, grabó en su sepultura
" Una mentira aún: la de su hartura.

ANTE UN CUADRO ANTIGUO

SOBRE el corcel luce el desnudo busto
De línea sobria y desarrollo justo.
Recibe sol y espuma y la su piel
Muestra el color dorado de la miel.

Ni laxa ni exaltada: está segura
De ser, aquella carne. En su hermosura
Lleva impresa la frase que decía:
"Crea, si has de crear, con alegría".

ROMANCE DE LA VENGANZA

CAZADOR alto y tan bello
Como en la tierra no hay dos,
Se fué de caza una tarde
Por los montes del Señor.

Seguro llevaba el paso,
Listo el plomo, el corazón
Repicando, la cabeza
Erguida, y dulce la voz.

Bajo el oro de la tarde
Tanto el cazador cazó,
Que finas lágrimas rojas
Se puso a llorar el sol...

Cuando volvía cantando
Suavemente, a media voz,
Desde un árbol, enroscada,
Una serpiente lo vió.

Iba a vengar a las aves,
Mas, tremendo, el cazador,
Con hoja de firme acero
La cabeza le cortó.

Pero aguardándolo estaba
A muy pocos pasos yo...
Lo até con mi cabellera
Y dominé su furor.

Ya maniatado le dije:
—Pájaros matásteis vos,
Y voy a tomar venganza,
Ahora que mío sois...

Mas no lo maté con armas,
Busqué una muerte peor:
Lo besé tan dulcemente
Que le partí el corazón!

Envío

Cazador: si vas de caza
Por los montes del Señor,
Teme que a pájaros venguen
Hondas heridas de amor.

REY DEVORANTE...

REY devorante, bello y devastador, tu mano
Toma lo que desea con firmeza y premura;
Yo, la que te cantara con acento pagano,
No te amé, sin embargo, con toda mi locura.

Tu corazón es uno como vaso insaciado;
Como hoguera, tu cuerpo, de quemar no reposa;
Sobre la selva de almas, tu alma es mariposa;
Más que del amor, eres, del vuelo, enamorado.

Sobre la blanda Eva, promisora de miel,
Más te dobla el deseo que el amor sobre Diana;
Tienes de las abejas la manía liviana,
Pero eres una abeja carnívora y cruel.

Cuando tu pecho es uno, delicioso panal,
No entregado a los juegos de una Thais sin grandeza,
Tu pasión desmedida, en su pura simpleza,
Es torrente que arrastra y por ciega hace mal.

Más tarde, ya cebada tu alma caprichosa,
El amor no te basta: cuanto no amas, deseas,
Y es peligroso darte, para que la poseas,
Una vida temblante, delicada y ansiosa.

Y cuando, ya de vuelta de los paganos huertos,
Sueles darte del todo, por cansancio elegante,
Tus encías no tienen el rojo alucinante
De los treinta años, y eres uno de tantos muertos.

Rey devorante, bello y desvastador: mi alma,
Nacida para amarte, no te amó cual debía:
Un demonio en aquella, hubo, que comprendía,
Un demonio avezado me develó tu alma.

Pues cuando iba a rendirse, apoyada en el báculo
De tus propias flaquezas, conseguía afirmarla:
Fuiste para mí un bello y lejano espectáculo
Que atormentó mi alma y no supo quemarla.

EL PARQUE

En el aire reseco, flota miel diluída,
De los árboles bajan zumos de primavera,
La sangre de los troncos su subida acelera.
La abeja soberana va a quitar una vida.

Por el urbano parque de rojizos senderos,
Afeitadas gramillas y artificiales fuentes,
Paseo. Las estatuas tienen tristes las frentes,
Pero a sus pies las flores saltan de los canteros.

Bosquecillos de acacias, puestos de trecho en trecho,
Calan el horizonte, al dibujo sensible.
Zumba un oro ligero, mas sin cuerpo visible.
Hay arriba un zafiro ahuecado por techo.

En el verdoso lago, donde el pétalo ambula,
Señoriales, los cisnes, enarcados, navegan;
Finas columnas blancas se reflejan y juegan
A encontrarse en el agua, que las tuerce y ondula.

Como hace miles de años flota un áspero aliento
De mediodía, y bajo mi planta destructora
La gramilla aplastada no se duele ni llora;
Pugna por levantarse sobre el brazo del viento.

Como hace miles de años sube de las corolas
Un venenoso, dulce y profundo llamado:
Paréceme que algo va a serme revelado.
Retrocedo en el tiempo. Queman las amapolas.

¿Dónde he visto estos cisnes, esta hiedra, hace mucho?
¿Estas blancas columnas y este sol deslumbrante?
No tenía estas ropas grises de caminante:
Yo nadaba en un lago y escuché lo que escucho.

Una nota asustada, suelta mi pecho magro.
¿Siento mi voz acaso como por vez primera?...
Ah, el corazón disuelto de tanta primavera
Está fuera del tiempo y anticipa un milagro.

Está fuera del tiempo, porque vuelvo la vista
Al tupido boscaje de espinosas retamas
Y presiento que acechan las pupilas en llamas
De algún sátiro joven que al asalto se alista.

Va la tierra a prensarse bajo el casco de uña,
Y a su grito salvaje, veré alzarse las aves
De sus nidos ocultos, y los céspedes suaves
Encogerse al amago de la dura pezuña.

Algo de otras edades, de una extraña grandeza,
Sorprenderá a los cisnes blancos del siglo XX,
Sonreirán las bocas de mármol de la fuente
Al amor desusado de una fiera simpleza.

Por mirar cómo escapan las mujeres rosadas,
Las mujeres de piedra darán vuelta sus bustos,
Y en la sombra discreta de los negros arbustos
Habrá una fuga fina de blancas carcajadas.

Pero es grave el contraste: bajo mis ojos cae
Saliendo del boscaje, una cara pulida:
Es de mi siglo: un joven; por la boca sin vida
Pasa un cansancio lento que a lo real me trae.

Hacia mí se encamina con un paso que ondula,
Su piel amarillenta le da una muerta gracia,
Ojeras prematuras sellan su aristocracia;
Pasa a mi lado, mira, me pesa y me calcula...

Galantería fácil, frase de primavera,
Irrumpe de su boca, tenue mancha lavada;
Miro sus manos pulcras y su barba afeitada,
Y se anima en sus ojos una llama ligera.

. . . Pero se aleja a paso reposado y tranquilo,
Algún cisne lo mira sin sorpresa en el lago,
Sigue cantando el ave su canto fino y vago,
La araña no ha cesado de tejer con su hilo.

El sol, sobre su cuerpo, cobra la indiferencia
De un filósofo triste que contemplara escombros;
Cada vez más se alejan los rellenados hombros
Y a su paso las cosas se cargan de paciencia.

No han girado sus bustos las mujeres de piedra;
Sigue el agua goteando con idéntico canto;
En el bosque no hay risas ni carreras de espanto;
Mana un negro silencio, y está quieta la hiedra. . .

Allá lejos se pierde la figura del hombre;
Recuerdo su mirada, turbia y domesticada.
¡Oh suspicaz, moderna y pequeña mirada,
El corazón me llenas de una angustia sin nombre!

DOLOR

QUISIERA esta tarde divina de octubre
Pasear por la orilla lejana del mar;

Que la arena de oro, y las aguas verdes,
Y los cielos puros me vieran pasar.

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
Como una romana, para concordar

Con las grandes olas, y las rocas muertas
Y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento, y los ojos fríos
Y la boca muda, dejarme llevar;

Ver cómo se rompen las olas azules
Contra los granitos y no parpadear;

Ver cómo las aves rapaces se comen
Los peces pequeños y no despertar;

Pensar que pudieran las frágiles barcas
Hundirse en las aguas y no suspirar;

Ver que se adelanta, la garganta al aire,
El hombre más bello; no desear amar...

Perder la mirada, distraídamente,
Perderla, y que nunca la vuelva a encontrar;

Y, figura erguida, entre cielo y playa,
Sentirme el olvido perenne del mar.

EL TIMIDO AMANTE

El tímido amante
Que a mi lado llega,
Me mira los ojos
Suspira y se queja:

—¿Por qué otros amores
Tuviste otra vez,
Besaste otra boca,
Ceñiste otra sién?

Al tímido amante
Le replico así:
—Te andaba buscando,
Creía morir.

Posaba en cisternas
Cuando cae el sol,
Bebía y volaba,
Más vivo el ardor.

Palpando las almas
Mi alma se afinó,
En el desencanto
Concebí tu amor.

Y el tímido amante
Responde a mi hablar:
—Quién amar no sabe
Es quién ama más.

Repudio tu boca
Que se aleccionó,
El amor no elige
Y es contra razón.

Luego, sus palabras
Para confirmar,
Me besa en la boca
Y suelta a llorar.

PALABRAS DE LA VIRGEN MODERNA

DAME tu cuerpo bello, joven de sangre pura,
No moderno en el arte de amar, como en la hora
Que fué clara la entrega, en mi boca demora
Tu boca, de otra boca negada a la dulzura.

Si tu sabiduría no me obliga a malicia,
Ni tu mente cristiana me despierta rubores,
Ni huellas de hetaíras enturbian tus amores
En mi franqueza blanca todo será delicia.

Y así como a la Eva, cuando, cándida y fiera,
Las verdades supremas le fueron reveladas,
Me quedará en las manos, a tu forma entregadas,
La embriagante dulzura de la fruta primera.

NATURALEZA MIA

NATURALEZA mía, la que fuera
Como pesada abeja en primavera,
Ociosa y hecha para siestas de oro,
Voraz, aletargable, mudadera.

Bajo las tardes cálidas, dormida
De amor, ya el nuevo amor te daba brida.
Y tu arrastrabas un pesado cuerpo,
Pesado por el zumo de la vida.

¿Qué hice de tí? Para enfrenar tus males
Sobre tus formas apreté sayales,
Y en flagelarte puse empeño tanto
Que hoy filosofas junto a los rosales.

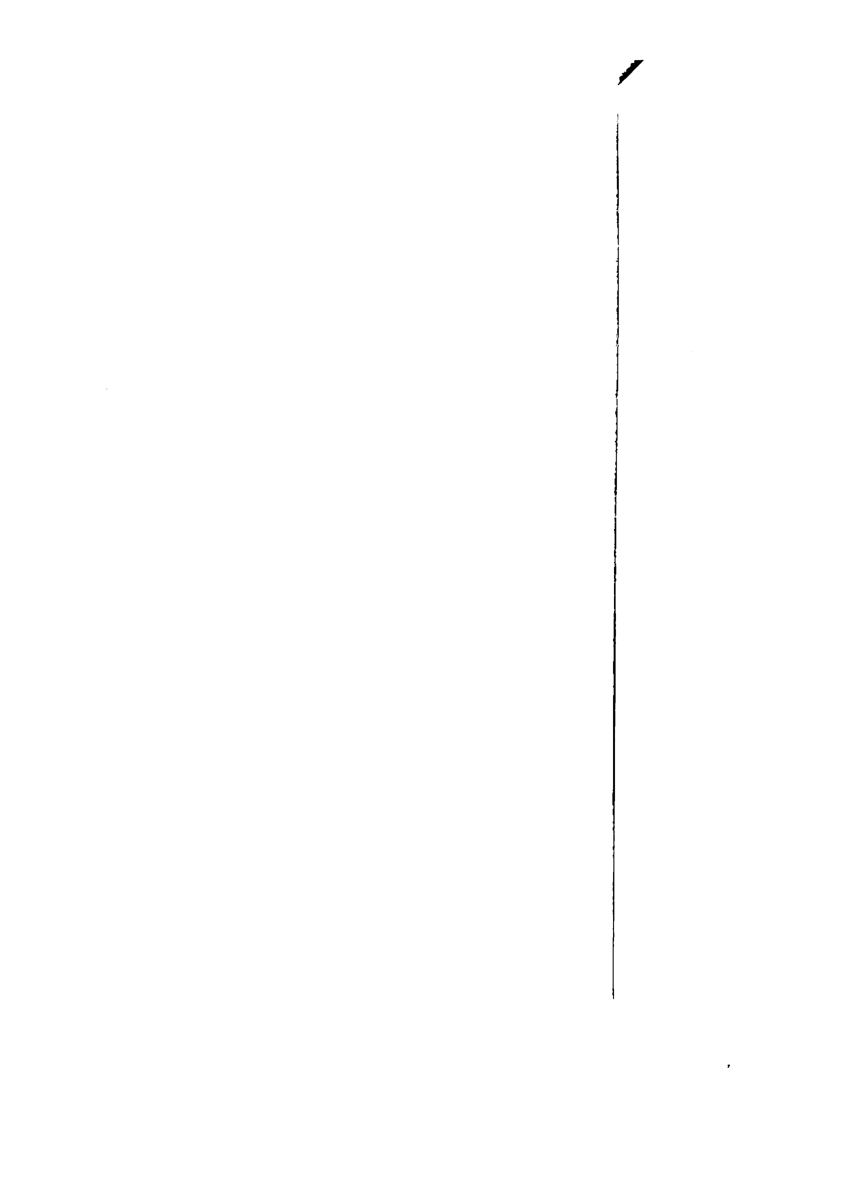
Disminuída, atáxica, robada,
En tu pura pureza vïolada,
Miras te baten palmas los sensatos
Con tu ya blanca y última mirada.

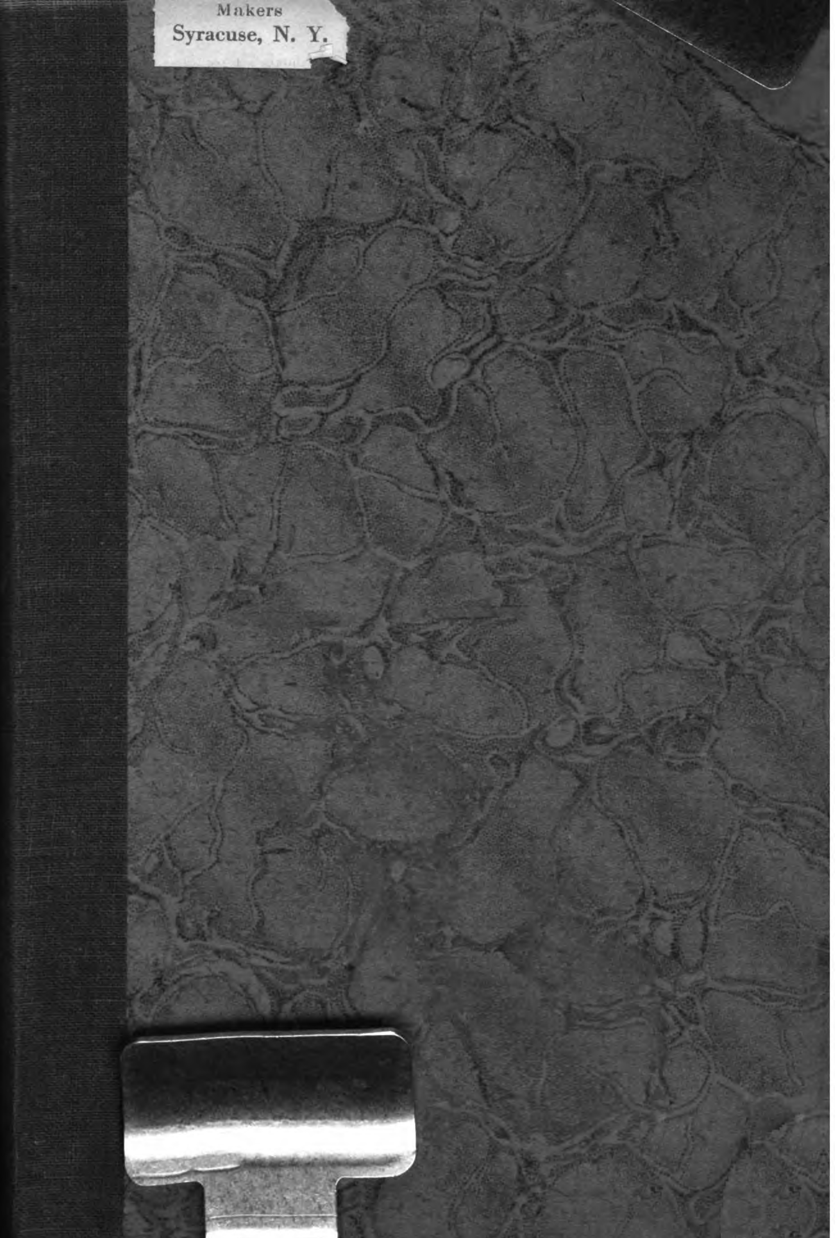
INDICE

I PARTE

II PARTE | Págs.

IMPRENTA MERCATALI
Acoyte 271 — Buenos Aires




Makers
Syracuse, N. Y.



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3024540390
0 5917 3024540390